

RAÚL SILVA CASTRO

LILLO Y LA ACADEMIA  
CHILENA \*

---

A FINES DEL PASADO SIGLO vinieron a Santiago los tres hermanos Lillo Figueroa, nacidos en una provincia sureña y aspirantes a la fama literaria. Emilio, que alcanzó a cimentar nombre de cuentista, murió muy joven, hace ya cincuenta años, a poco de haberse dado a conocer en el ambiente santiaguino. El otro, Baldomero, que le sobrevivió algunos lustros, fulge ya entre los mejores novelistas chilenos, desde la publicación de su libro *Sub-Terra*, que contiene escenas briosas y desgarradoras, donde cierto innegable calor humano, el ardiente amor al prójimo y la caridad ante el dolor ajeno reemplazan con creces algunos de los triviales dones literarios de la lengua y del estilo. El tercero de ellos, Samuel, optó desde muchacho por la poesía, y al cabo de tesoneros esfuerzos consagró su nombre al dar vestidura poética a escenas bélicas y costumbristas, que le merecieron altos y reiterados galardones.

Muchos años de vida permitieron al ilustre poeta Lillo velar, además, por los primeros pasos de no pocos escritores, a quienes acogía la popular tribuna del Ateneo, y en el curso de esos años el nombre del poeta fue traído y llevado en los anales de la literatura chilena. En los últimos lustros, aureolado ya por notorias distinciones, el poeta Lillo envejecía pacíficamente junto a sus hijos y a sus nietos, en un hogar respetable y tan sólido que no fue capaz de desintegrarlo la prematura desaparición de quien había allegado a él la mitad del espiritual atuendo que allí se ostentaba. Y por ese mismo tiempo asistía de vez en cuando, si la atmósfera callejera lo permitía, a las sesiones de la Academia Chilena, donde la palabra cáustica y el ingenio pronto del poeta Lillo eran proverbiales aliños de la discusión tal vez árida.

Y es, precisamente, a la Academia Chilena a la cual me cabe la honra de

\*Discurso pronunciado en nombre de la Academia Chilena de la Lengua.

representar en esta solemne despedida, frente a la tumba que habrá de guardar los mortales despojos del poeta, junto con los ecos de antiguas polémicas y disturbios de la grey literaria, que pudieron, a los jóvenes de hace treinta años, indisponernos con Lillo, el poeta, pero no enajenarnos del todo las simpatías de Lillo, el hombre. Porque este varón tan representativo del pueblo chileno, acaso por la parte que a éste dio en su obra, éralo también del espíritu nacional en la hondura y en la permanencia de los afectos y en la aptitud para perdonar y aún olvidar los agravios, a fin de que no se trocaran en aquel lastre que dificulta los vuelos del alma hacia la serenidad y el aquietamiento de las pasiones.

Una larga ancianidad, donde era permitido revivir, siquiera a grandes pausas, los resonantes triunfos de antaño; toda una historia de ensayos y de comienzos, en la cual los nombres de los escritores que ornaban una importante fracción de la literatura nacional aparecían, ya como padrinos, ya como émulos; la gallarda apostura, doblegada apenas en la vejez por invisible carga sobre los hombros y signada por alguna nieve en la cabeza; y, por encima de todo, unos ojos vivaces, chispeantes, acariciadores a menudo y burlones a veces, siempre capaces de sugerir el ensueño de la vida y el ensueño del arte: tal es el recuerdo que conservamos del ilustre académico desaparecido, quienes tuvimos el privilegio de verle, en sus últimos años, de preferencia en el nada convencional cónclave que forman los correspondientes chilenos de la Real Academia Española.

Los miembros de la Academia Chilena nos inclinamos respetuosamente ante esta tumba, y al agradecer, por última vez, a don Samuel A. Lillo los muchos esfuerzos que dedicó a las labores académicas, cumplimos con el entrañable deber de proclamar, una vez más, que fueron las virtudes del hombre y del ciudadano, afinadas por la cultura del artista, las que mejor sobresalían en el trato personal del ilustre académico y las que le hicieron acreedor al respeto de todos sus colegas de letras.